



Isis Tejeira: el magisterio de la voz transformadora

POR DAMARIS SERRANO GUERRA

Miembro correspondiente de la Academia Panameña de la Lengua
Ph. D. in Hispanic Cultural Studies, Master in Comparative Literature
Associate Professor of Spanish
Wright State University

Mi generación llegó a la Universidad de Panamá desde distintos puntos del país para encontrarse con un Departamento de Español donde enseñaban los profesores que habían escrito nuestros libros de la escuela secundaria. A su vez, estos maestros se habían entrenado con los eruditos de la lengua —aquellos de los que solo sabemos por las enciclopedias y los tomos de la biblioteca: es decir, «los grandes». En ese ambiente vi a la Dra. Isis Tejeira por primera vez.

Era tal el aura del recinto que el primer día —y muchos por venir— recibiríamos a nuestros profesores y profesoras de pie, con el respeto y la veneración que merece el maestro, porque escribe en la «tábula rasa» con la que nace todo ser humano. La Dra. Isis Tejeira perteneció a un cuerpo docente (Franz García de Paredes, Pablo Pinilla, Mercedes Bolaños, Silvia Rosa Sierra,

Xenia Guardia, Isabel Barragán de Turner, Aselas Tejada, Aristides Martínez Ortega, Elsie Alvarado de Ricord, Norma Olmos, Margarita Vásquez, Carmen de Perigault, Patria de Pousa, Francisco Herrero, entre otros...) [Fig. 1] que supo escribir con generosidad en la vida de una generación de aquellos conflictivos años 80, años de cambio profundo a nivel mundial.

Hay maestros que crean discípulos —y hasta prosélitos— tal fue el caso de Isis, porque desde el primer instante volvió real para nosotros la experiencia de la cultura. Fue el vaso comunicador por el cual llegamos hasta esos personajes casi inasibles de los libros. Por ella, vi a Rogelio Sinán por primera vez y hablé con él; conversé en plano coloquial con Stella Sierra y me tocó estar cerca de Esther María Osses. Por ella cobraron sentido humano esos y otros creadores y por ella empecé a establecer el puente entre el libro y la vida, entre el rostro de cada autor y la misión de la escritura.

Isis, como le llamábamos simplemente, porque su nombre evocaba el misterio y la raigambre de civilizaciones milenarias, se movió por la vida en un espacio propio y lo hizo como en un torbellino, con una energía positiva que circulaba por ósmosis desde su mundo hasta el de todos nosotros, en interacción constante. Su nombre está en la cultura panameña como el de esas familias fundacionales que han forjado cimientos de identidad: los Miró, los Castro, los Castellero, los Gandásegui... los Tejeira. En la sola criba de algunos títulos de las obras de su

padre, Don Gil Blas Tejeira (*Pueblos Perdidos, Campiña interiorana, Lienzos istmeños, Epigramas y sonrisas...*) subyace la premisa de que del individuo y su entorno nace la comunidad y se erige la conciencia de nación. Por años, desde su columna periodística, elevó la palabra como lanza en ristre con el fin de proponer alternativas a distintas problemáticas, inmediatas o acuciantes. Luego el sobrino de Isis Tejeira, el narrador Félix Armando Quirós Tejeira, da una respuesta en tiempo de ficción al desgreno burocrático con *Continuidad de los juegos*, 1991, con una perfección técnica que lo inserta en la cuentística latinoamericana. Con «La Flor del pantano» —*Miel de luna*, 1993— revela la indefensión del hombre que se atreve a desafiar a la naturaleza, majestuosa e implacable. Con *La ciudad calla*, 1997, entra en la narrativa del tercer milenio «explor[ando] los intersticios de una subjetividad paradójica» [Serrano, Damaris. «Panamá: Desde el centro al mundo, en sintonía (post)moderna», *Istmo: Revista virtual de estudios literarios centroamericanos*, n.º 14 (enero-junio 2007)].

Como eslabón entre estas dos generaciones, la obra de Isis Tejeira cuestiona el papel designado de la mujer como «ser social» dentro de un mecanismo patriarcal. En su novela *Sin fecha fija* (1982) y en sus cuentos (*Está linda la mar... y otros cuentos*, 1991, 2000; *El impostor*, 1996) diseña la injusticia impuesta por la pirámide de las clases y las normas aceptadas con un discurso rebelde y alternativo, sin aspavientos ni gritos, pero con una

ironía que desbarata la mentira social. Su obra le infunde una voz potente —incluso en las tonalidades sordas del infortunio— a todas las mujeres manipuladas, en el cuerpo y en el alma...

En cada caso de la trayectoria de este corpus familiar de los Tejeira, el eje vivencial ha sido elevar la condición del ser como participante proactivo en el drama social. En los tres, percibimos una trayectoria firme de acercamiento histórico y de reflexión humana y universal.

Así, Isis pertenecía, por derecho propio, a esa esfera donde habitan las personas de múltiples talentos y asumió su misión y su responsabilidad con una mezcla de sencillez y pasión. Los que la conocimos de cerca testimoniamos que nunca usó su «ángel» ni su «salero» para excluir (hoy que se habla tanto de inclusión). Nunca adoptó actitudes de diva (pese a su innato talento), sino que abrió su corazón y las puertas de su casa para que sintiéramos que el arte es posible... y que nos transforma. Como educadora, nos conminó a caminar con ella por la senda donde el conocimiento era una auténtica aventura.

Con ella incursionamos en las diferentes facetas de la vida universitaria. Fue mentora de la Directiva de la Asociación de Estudiantes de Español (Anais Morán, Felicia Bonilla, Ivette Ruiz, Rita Chiriboga y los que nos precedieron, Rafael Ruiloba, Delia Cortés, amén de los poetas Pablo Menacho y Héctor Collado, quienes se sumaban a las actividades, como recuerda el presidente de la Asociación, el hoy escritor Ariel Barría

Alvarado). En dicha época nuestra Asociación funcionaba bajo la premisa de que la labor cultural organizada era un caminar hacia la vida civil. Aprendimos de su *modus operandi* como consejera: las cosas se hacen bien o no se hacen; la pasión por aprender se transfiere a cada actividad humana. Por aquellos días, aparte del Concurso Pablo Neruda que creó y apoyó siempre, ella fue persona clave para que se iniciara una biblioteca especializada de la Escuela de Español en la pequeña oficina de la Asociación de Estudiantes (Fig. 2). Allí teníamos algunos anaqueles, un escritorio y un archivo. Desde ese pequeño espacio nos abrimos hacia ámbitos mayores. Nos dirigió para organizar el protocolo de la Semana de la Literatura Panameña (Fig. 3). Ella y la Dra. Norma Olmos nos guiaron para llevar adelante, por tres años un evento (hoy ya tradición) que incluía a toda la Universidad. Fue así como llegamos a conocer personalmente a cada funcionario de cada unidad académica de la Universidad. Con ella y la Dra. Carmen Córdoba coordinamos jornadas interdisciplinarias con los profesores de los Departamentos de Español y de Inglés. Ella y Fernando Navas y Jarl Babot nos acompañaron a presenciar obras de teatro; ella estaba con nosotros en las novatadas, en los tiempos cuando este era un evento oficial de prestigio para dar la bienvenida a la sangre nueva que ingresaba a la Facultad de Humanidades.

Con los años, ya en mi trabajo como profesora de literatura, idioma y cultura en el contexto de una lengua extranjera, me

propuse incluir el canon de la literatura panameña dentro del currículo, en contrapunto con otras literaturas mundiales. En un curso sobre feminismo que dicté en el año 2007, la obra de Isis me permitió comprobar que el mensaje cala igual, directo y certero, en cualquier receptor, sin importar su bagaje ni su origen. Por ejemplo, el cuento «El parto» generó críticas sobre el manejo político y económico del cuerpo femenino. La voz de Isis enfrentó a mis alumnos con la invisibilización y produjo una discusión generadora de esperanza, pese a todo. Su obra literaria toda deconstruye el sistema patriarcal y las estrategias seculares del poder; su prosa penetra en la conciencia y nos ubica «[e]n la literatura escrita por mujeres [donde] se connota, de una manera muy especial, la *fragmentación, diversidad cultural y discontinuidad* de las sociedades que en otra parte hemos llamado ‘ciudades invisibles’» (Serrano, Damaris. *La celda del caracol*, INAC, 2000: 28). Su contribución es un estadio en la literatura panameña.

Con su trayectoria en la Universidad de Panamá es dable entender su impacto como educadora de juventudes. Este hecho es aún más válido en un instante cuando la labor y el rol cotidiano de los maestros se discute en las redes. Las confesiones de abrumados padres proliferan y nos producen una reflexión interior de tristeza. Al tener que volverse maestros (porque los padres lo son desde el seno ¿no?) ex/claman a la maestra virtual: «¡No sé cómo lo hace!», «¡La extraño!»... Es entonces cuando hay que recordar con gratitud el rol de Isis Tejeira. Hay que hablar del

reconocimiento que supo dar y de los *espaldarazos* otorgados, como si invistiera a una legión de caballeros (llámense actores y actrices, profesoras y profesores, promotores culturales, cuentistas, poetas, músicos...) con una armadura de soldados por la palabra. También debemos encomiar su gesto —de verdad olímpico— de *pasar la antorcha*, algo tan difícil porque va en contra de la faceta humana que cierra en vez de abrir las manos al que viene detrás. No fue ese su caso.

Por eso, los discípulos de Isis le reconocemos todas sus enseñanzas, válidas mucho más allá del aula: ella siempre nos conminó a encontrar nuestro potencial artístico y académico, para poder paliar cualquier crisis... y para disfrutar del solo hecho de vivir. Finalmente, Isis Tejeira, mi maestra, nunca fue un cofre cerrado que guardaba tesoros para sí misma (como algunos se aferran a su pequeña parcela para evitar la competencia). De alguna forma nos preparó para esta era de la información, la de la «data». En mi caso personal, no solo se hizo cargo de mi tesis de Licenciatura de Español cuando mi asesor original, el Dr. Víctor Fernández Cañizales falleció, sino que leyó los tres tomos con minuciosidad, rigor y ojo crítico (Fig. 4). Con una bondad solo propia de quien está a cargo de su total existencia —porque vivió consciente de sus talentos y sin inseguridades de ningún tipo— me sugirió que siguiera escribiendo —y hasta que presentara uno de mis tomos a nuestra competencia literaria nacional—. No lo

hice, porque no pensé que estuviera a la altura. No era mi momento, pero Isis siempre creyó en mí (Fig. 5.).

Isis Tejeira, y con ella los profesores del Departamento de Español de la Universidad de Panamá, marcaron una época de oro, realmente. Nos enseñaron que de verdad la educación es un valor de crecimiento académico y, por encima de todo, un cauce para desarrollar el potencial artístico que conforma, de alguna manera, la esencia holística de los seres humanos. Por eso nuestros profesores merecían ser recibidos de pie, cada día. Por eso hoy nosotros debemos inclinarnos ante la memoria de Isis, como quien ovaciona una experiencia escénica que nos ha transformado para siempre.

En esta crisis del planeta, el querido Panamá de Isis Victoria Tejeira Jaén lucha, como todas las naciones, ante lo desconocido. Mientras el telón no caiga liberándonos con la catarsis, la fortaleza personal y comunitaria que nos legó es la que nos habilitará a adoptar una postura efectiva para la reconstrucción de la *vida nueva* que nos espera. En el entreacto, en este drama de incertidumbre, abracemos el ejemplo de nuestra maestra: el que se desprende de su obra literaria incisiva y rebelde y de su huella vibrante y dinámica. Sabemos que ella estaría ahora en el centro de los esfuerzos por generar una acción con resultados reales, como lo hizo siempre: en el aula, en la exquisitez de los estudios medievales y cervantinos, en la conferencia interdisciplinaria, en la Semana de la Literatura

Panameña, en los concursos, en su bregar esforzado por la cultura. En fin, en la vida.

Pretendamos que la vemos activa y en escena, siempre aupando, motivadora, a cada ser humano con el cual interactuó. Su legado, de seguro, permanecerá como llama latiente dentro de nosotros.

Iconografía



Fig. 1. Profesoras de la Escuela de Español. c. 1981-1982. Colección personal de Damaris E. Serrano G. Universidad de Panamá, República de Panamá.



Fig. 2. La Asociación de Estudiantes de Español. c. 1981-1982. Colección personal de Damaris E. Serrano G. Universidad de Panamá, República de Panamá.



Fig. 3. III Semana de la Literatura Panameña. 1981. Colección personal de Damaris E. Serrano G. Universidad de Panamá, República de Panamá.

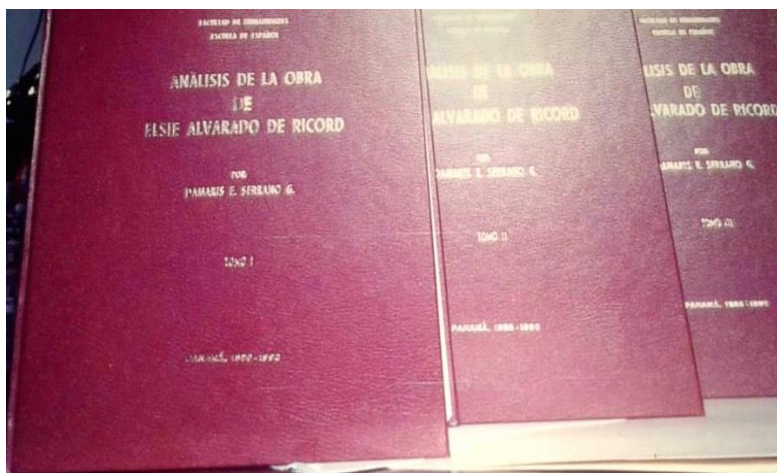


Fig. 4. Tesis para optar por el título de Licenciada en Humanidades con Especialización en Español. *Análisis de la obra de Elsie Alvarado de Ricord*. 1989-1990. Colección personal de Damaris E. Serrano G. Universidad de Panamá, República de Panamá.



Fig. 5. Sustentación de la tesis *Análisis de la obra de Elsie Alvarado de Ricord*. 1990. Colección personal de Damaris E. Serrano G. Universidad de Panamá, República de Panamá.